



Íbero-Américo

César Vidal nació en una familia modesta, tanto que para comprar libros, dejaba de tomar el autobús que lo llevaba a la escuela y hacía el camino andando lo mismo si llovía que si hacía sol. Con el paso del tiempo, no ha abandonado la disciplina. A las ocho y media de la mañana, está delante del ordenador. Tras orar y leer la Biblia, comienza a escribir. Tiene que entregar un libro en plazo y examinar la documentación para otro más. Así estará hasta la 1:30 o las 2. Luego vendrá una comida ligera, un corto descanso y la sesión de la tarde-noche que comienza a las 16 horas y continúa con la dirección de un programa en directo, de lunes a viernes, de 20 a 24 horas, que escucha o contempla más de un millón de personas. En cuatro horas de micrófono debe informar, defender valores como la vida o la libertad y, sobre todo, arrojar luz sobre situaciones que afectan a millones y que suelen ser examinadas de manera pobre simplemente porque nadie busca su dimensión espiritual. Cuando la jornada de fin, espera haber hablado del Evangelio con alguien más, haber mostrado a alguien que la solución para su vida está en Jesús, haber dejado de manifiesto que «debajo del sol» no hay solución para todo. Y entonces, tras pronunciar una oración, como todos los días, dormirá de un tirón y en paz, porque Él vela su sueño.

Íbero y América no es la excepción

La historia es testigo de espectaculares ascensos y caídas de imperios y culturas por toda la

tierra. La decadencia cultural, social y económica de Occidente es patente y galopante en nuestros días. Esta tendencia amenaza también con contaminar al mundo iberoamericano, puesto que las tendencias, las modas culturales y las mentalidades profanas se contagian como los virus más insidiosos. Basta con recorrer ciudades como Madrid, Lima, Bogotá o Buenos Aires y visitar algunas de sus librerías o cines para aperibirse de toda clase de suciedad que abunda por doquier. Por todas partes proliferan burdas manifestaciones artísticas y culturales —la música contemporánea, el cine, la literatura, etc., no son excepción— infinitamente mediocres que, desde luego, no debieran ser consideradas como tales, y que evidencian graves síntomas de decadencia y descomposición.

Exaltación de la perversión

Abundan, por ejemplo, el cine y la literatura basura, de entretenimiento, cargados de perversión e inmoralidad, es decir de todo lo que exalta de algún modo cualquier tipo de transgresión. Se erige todo ello como auténtico progreso y se izan sus mástiles como símbolo de liberación. Hasta el humor está impregnado de blasfemia, de buja y befa de la religión. En el cine y la literatura se galardonan obras que se revuelcan en las cloacas de la podredumbre y analizan los ángulos más obtusos de la miseria humana; obras que exaltan la homosexualidad, la corrupción, la extorsión, la falta de principios; obsesionadas con el sexo, la violencia, el terror, etc. Se refleja sin tapujos y a la

Centinelas y Atalayas

perfección la realidad del hombre sin Dios, y las consecuencias que esto acarrea, pero se escamotea la verdad y las personas quedan sumidas en tétricos abismos de desesperanza.

En medio de este panorama, se levantan algunos hombres y mujeres valientes que denuncian, no se callan, y se atreven a desenmascarar la fealdad y la mentira; instruyen a los que ignoran, defienden valores y preceptos bíblicos, arrojan luz sobre las verdaderas cuestiones radicales que nos afectan a todos, enseñan a los que están dispuestos a considerar la realidad de las cosas desde su dimensión espiritual. Y es que hoy las noticias vuelan, pero los analistas y los expertos rara vez excavan hasta dar con la raíz de las cosas, rara vez examinan éstas como se debieran examinar. No interesa llegar a la raíz del mal, a sus causas más profundas. Antonio Pérez, veterano jucumero, dice que «vivimos en sociedades vulgares y superficiales hasta la saciedad. Se habla, se dicen muchas cosas, pero nada sustancioso; se comentan temas de actualidad que requieren análisis certeros, se dan multitud de opiniones intrascendentes, pero se calla lo verdaderamente importante, lo esencial»¹.

Hombres de principios

Sin embargo, hay excepciones, o centinelas, como José de Segovia Barrón, periodista, escritor, pastor, conferenciante, teólogo y crítico de cine, que se atreve a desentrañar el esqueleto de muchas películas emblemáticas y las diagnóstica acertadamente, poniendo el dedo en la llaga, arrojando luz, mostrando la inmensa contradicción que agobia a la persona alejada de Dios y señalando un camino seguro para transitar en medio de tanta confusión. Cuánta necesidad tiene la iglesia de creyentes como éstos, forjadores de opinión, cazadores de falsedades, inmersos en la sociedad, capaces de discernir y abordar datos y acontecimientos con justo juicio, desde la perspectiva eterna de la Palabra de Dios. El mundo occidental, en general, y el mundo iberoamericano en particular, está muy necesitado de creyentes que exhiban vidas intachables: actores, pintores, músicos, escritores, cineastas, periodistas, profesores, deportistas y muchos otros profesionales cristianos como jueces, abogados, médicos, empresarios, etc., socialmente integrados, que cumplan bien su función y dejen brillar con fuerza a Jesucristo en su entorno, la luz de su esperanza.

Dice José de Segovia en su crítica a *Expiación*, película basada en la novela del mismo título escrita por Ian McEwan y publicada por Anagrama (Se trata de una poderosa historia que explora la tragedia de una vida sin Dios, buscando expiar nuestros pecados, lejos de la Cruz): «No hay paz, ni salvación posible en la imaginación de nuestra mente...¿Cómo podemos enfrentarnos entonces a las consecuencias de nuestras mentiras y pecados?... Al alejarnos de Aquel que puede expiar nuestro pecado, tomamos el papel de Dios y escribimos nuestra propia historia, pero al crear nuestra propia realidad, no hay expiación posible. No hay confesión, ni sacrificio, que pueda lavar y limpiar nuestra conciencia. Sólo queda el intento, un intento inútil, si no nos volvemos a Aquel, que ha “puesto su vida en expiación por el pecado” (Isaías 53:10). Ya que no hay redención posible fuera de la Cruz. Por eso los cristianos debiéramos llorar...no por el amor perdido, sino por la triste condición del hombre sin Dios...»².

Cuando se le pregunta ¿cuál es el común denominador que define a sus críticas cinematográficas? José de Segovia responde que intenta hacer el doble escucha del que hablaba Stott: Oír al mundo y sus preguntas, pero buscar la respuesta en la Palabra de Dios. «Creo que ese es el principal problema de muchos cristianos, al mirar el cine: Buscan en él respuestas, intentando encontrar algún mensaje positivo que les inspire, cuando la respuesta está en el Evangelio. El cine, como decía Donald Drew de L'Abri, son *las imágenes del hombre*, Jesucristo es la Imagen del Dios vivo...»³.

Ore:

- para que la iglesia sea una voz profética que denuncie y confiese los pecados de la nación y la cultura donde se encuentra establecida
- para que los promotores cristianos de cultura declaren la verdad, denuncien la mentira y la injusticia, interpreten debidamente la gravedad de la situación actual y anuncien lo que viene.
- Para que todos los profesionales y artistas cristianos, en medio de la sociedad en que viven y trabajan, sean agentes de transformación social y cultural y reflejen la luz de Dios